

ESTUDIOS

EL PERSONALISMO COMUNITARIO: UNA OPCION LIBERADORA

Alfonso Gándara Feijoó
Mérida (Venezuela)

Se impone —hoy más que nunca— una urgente clarificación de las ideas, a fin de que éstas sean “claras y distintas”, como quería Descartes. La necesidad de poseer conceptos “claros y precisos”, que con insistencia demandaba Sócrates, es hoy un imperativo insoslayable. Los prejuicios y apriorismos, que denunciaba Francis Bacon, generadores de dogmatismos, sectarismos, fanatismos, maniqueísmos e intolerancias de la peor especie, constituyen un serio obstáculo a esta necesaria labor clarificadora. En efecto, y por vía de ejemplo, cuando al término “*democracia*” hay que añadirle adjetivos calificativos, es claro signo de que algo marcha mal. Lo mismo ocurre con la palabra “*participación*”. También se la manipula, se la degrada y se la vacía de contenido. A estas alturas, debería ser de una claridad meridiana que las ideas de democracia y participación tienen que ir necesaria e indisolublemente unidas. Parece que no es así, a pesar de que ya hace dos mil quinientos años que lo dejó muy claro el gran Pericles. Por si todavía quedaba alguna duda, Abraham Lincoln se encargó de recordarnos que la democracia es el “gobierno *del* pueblo, *por* el pueblo y *para* el pueblo”. Y no hablemos del uso y abuso que se hace de las ideas de *libertad*, *responsabilidad* y *dignidad humana*. Las páginas que siguen tratan de ser unas elementales reflexiones sobre el particular, desde una perspectiva personalista y comunitaria. Se trata de una simple meditación acerca de una *alternativa*, de un *desencanto* y de una ilusionada *esperanza*.

Una alternativa humanista: a la búsqueda de un “modelo” de sociedad.

Un dato: la sociedad es un permanente “in fieri”. *Una comprobación:* no hay “modelos” reales satisfactorios. *Un desencanto:* los que se ofrecen como tales, no sirven. *Una esperanza:* los modelos deseables hay que pensarlos, buscarlos y construirlos entre todos.

El Pensamiento Personalista y Comunitario se inscribe dentro de esta línea de gozosa e ilusionada esperanza. No pretende ser una vía intermedia o una “tercera vía”, muy al uso —al estilo de Ota Sik—, entre el capitalismo y el comunismo. Ni siquiera aspira a ser una nueva propuesta alternativa teórica con pretensiones de competir y suplantarse a otras en el amplio mercado de las ideologías. Tampoco intenta brindar un modelo, proyecto o diseño “técnico”, exclusivo y excluyente de cualquier otro, en orden a la proposición e instauración de una nueva sociedad como “modelo acabado” hasta en sus más nimios detalles: económicos, políticos, sociales, jurídicos, culturales y humanos en general. Como auténtica concepción humanista que es, es todo esto —ya que todo esto incluye e integra en su seno—, pero no es sólo esto. Es algo más y “va más allá”. Ni vacío idealismo, ni mero pragmatismo; sino *ideal encarnado en la historia viva del hombre*. No se queda en la mera contemplación teórica o filosófica —necesaria e imprescindible, sobre todo en estos tiempos de confusión ideológica—, que sólo nos brindaría una visión ahistórica y desencarnada del hombre y de la sociedad, sino que busca proyectarse y *encarnarse* en la realidad cotidiana —siempre “inacabada” y problemática— del hombre *concreto*, que vive, trabaja, sufre, goza y espera dentro de una sociedad *concreta*.

Se trata, pues, de una propuesta seria, rigurosa y exigente, tanto desde un punto de vista filosófico como desde una perspectiva de encarnación o “materialización” en la realidad política, social y cultural. Es teoría y es praxis. Es práctica que hunde sus raíces en sólidos fundamentos teóricos, y es teoría que se nutre y alimenta constantemente de la cambiante y fecunda realidad vital e histórica del hombre en su contexto existencial. En lenguaje caro a ciertos escritores, podemos hablar con propiedad de una auténtica “teoría práctica” y de una real “práctica teórica”. Espíritu y vida, acción y contemplación, compromiso para la acción y acción como producto de un previo compromiso, vital e irrenunciable, de unos hombres *concretos*, con una situación histórica *concreta*, en orden a una acción liberadora dentro de una sociedad *concreta*.

No es, pues, mera teoría de pensadores ociosos, ni práctica desfunda-

mentada e insustancial de espíritus vulgares y presuntuosamente autodenominados "pragmáticos". Dicho con más rigor: es *ortopraxis*, porque la concepción personalista y comunitaria está enraizada y sólidamente cimentada en una antropología filosófica como visión originaria y primigenia del ser más profundo del hombre. Sabe que, sólo arraigándose hondamente en una rigurosa concepción ontológica del hombre —no parcial, sino omnicompresiva—, puede decir algo serio acerca de éste. Intenta rescatar, en primer lugar, un genuino y depurado concepto del ser humano para, luego, emprender la noble e ineludible tarea de construir, sobre esa sólida base, una sociedad digna del hombre, que responda, en su estructura, organización y finalidades, a las más nobles y profundas aspiraciones humanas. Un nuevo modelo de sociedad en la que el hombre pueda desplegar, libre y creativamente, todas sus ricas y variadas potencialidades. Una sociedad en la que se cree un "clima" adecuado para el desarrollo de todas las virtualidades contenidas en el ser humano. Una sociedad en la que sea posible y asequible a todos los hombres la creación y realización de los valores genuinamente humanos. Una sociedad en la que el hombre sea, pueda ser realmente, compañero, amigo y hermano. Una sociedad en la que la política se convierta en una auténtica "antropolítica", como pedía Edgar Morin. Una sociedad en la que el "desorden establecido", de que hablaba Mounier, sea sustituido por un orden querido y creado por todos los hombres: un orden verdaderamente humano. Una sociedad que permita y facilite al hombre "ser" y "sentirse" tal. Una sociedad que rechace por igual tanto la concepción antropológica pesimista de un Hobbes o un Maquiavelo, como la ingénuamente optimista y desencarnada de un Rousseau y sus numerosos epígonos, por considerar que ambas concepciones son parciales, unilaterales y, por lo mismo, profundamente castradoras y mutiladoras del ser humano.

Pero —ya lo dijimos— el Personalismo Comunitario no se circunscribe meramente a la elaboración y formulación de unos postulados teórico-filosóficos, con ser éstos tan importantes e insoslayables. Tampoco pretende, enarbolando el estandarte de una doctrina ya "hecha", "acabada", conquistar nuevos e ilusorios Palacios de Invierno, para, una vez conquistado el Poder, imponer desde él, autoritariamente, a golpe de decreto, "su" nuevo y único modelo de sociedad, "su" nuevo y único modelo de Estado, "su" nuevo y único modelo de cultura, o "su" nuevo y único modelo de hombre. Nada más lejos del espíritu que impregna y anima el pensamiento y la acción personalista y comunitaria. Ya sabemos, por triste y reiterada experiencia histórica, a dónde conducen tales intentos por instaurar un

nuevo orden social desde presupuestos autoritarios e incluso totalitarios.

Los “nuevos ilustrados” y sus “doctrinas de salvación”.

Esas pretensiones de crear un “hombre nuevo” en una “sociedad nueva” desde el Poder y con los instrumentos que éste brinda con profusión y contundencia —que tanta sangre, sudor y lágrimas ha costado a tantos hombres—, se funda en la arrogante y narcisista convicción —nunca demostrada ni demostrable— de estar en posesión de la verdad, de “toda” la verdad, acerca del hombre y de la sociedad: “toda” la verdad humana y política. Esta convicción tan plena y absoluta, propia de fanáticos iluminados de signo religioso, de que ¡por fin! se ha descubierto y diseñado un modelo perfecto y “acabado” de hombre y de sociedad para construir, a su imagen y semejanza, un “nuevo mundo de hombres libres e iguales”, la exhiben con orgullo y altivez ciertos pensadores que presumen de “realistas” y que pomposamente se autocalifican de “científicos sociales” (!).

No es de extrañar, pues, que, cuando estos “iluminados” de nuevo cuño asaltan el poder, traten de imponer, “desde arriba” y “desde fuera” de la voluntad real del pueblo —al que significativamente califican de “masa” —“su” peculiar y “científica” forma de “igualdad”, de “libertad” y de “participación” ... Para eso se han autoconstituído en guías y maestros de unos hombres a los que, en el fondo, consideran “menores de edad”, cuando no “débiles mentales”, incapaces de ascender sobre su miserable condición a causa — ¡cómo no !— de una milenaria y embrutecedora opresión esclavista, feudal y capitalista.

Naturalmente, este papel “protector”, de cuño paternalista y despótico —el “Padrecito Zar”, el “Padrecito Stalin”, el “Gran Timonel”, el “Führer”, el “Duce”, el “Gran Líder”, el “Caudillo”...— se ejerce, ¡no faltaría más!, con la “sana” intención de “liberar” a las “masas” alienadas de su ignorada e inadvertida opresión y explotación en que están sumidas, sin conciencia de su desgraciada situación. Como el hombre alienado es radicalmente incapaz de salir de su miserable postración, estos nuevos “maestros liberadores” se toman el “trabajo” de hacer el esfuerzo por ellos. Es tal su generosidad y capacidad de sacrificio, que, ellos solos, tomarán sobre sus robustos hombros esta pesada carga y acometerán la titánica y “heroica” tarea de definir y fijar los criterios de justicia y legalidad que han de regular todas las relaciones sociales de esos “afortunados” hombres-masa, integrados ¡ahora sí! en una sociedad justa, próspera y feliz. Para conse-

guir este grandioso objetivo, esa “minoría selecta” e iluminada —siempre inasequible al desaliento— será la que establezca los criterios, imponga los métodos y supervise cuidadosamente la “pureza doctrinal” de toda reflexión y acción política, con el sano propósito de evitar los tan temidos y nefastos “desviacionismos”, así como los no menores peligrosos “revisionismos” realizados sin la venia de la autoridad censora. Sólo así, el contenido del material pedagógico y de los mensajes de los “masa media” será siempre el más adecuado y conveniente para educar y “moldear” a las “masas alienadas” en “sanas doctrinas” que les enseñen y “entrenen” para ser solidarios, cooperativos y fraternos.

Como lógica consecuencia de tan eficientes métodos, la educación para la libertad se entenderá siempre que se trata de una libertad “dentro de un orden”. Naturalmente, el ámbito de este “orden”, así como su naturaleza, fines y limitaciones, se regulará de acuerdo con la idea de “orden” que esa minoría selecta de “maestros liberadores” ha definido como el único racional y admisible dentro de ese modelo de sociedad, también por ella ideado y plasmado como el único racional y justo, sin posible alternativa. La mentada minoría de “sabios” justificará este monopolio de la verdad, argumentando que su “receta” para construir una sociedad próspera y feliz se fundamenta — ¿quién podrá negarlo?— en el conocimiento “rigurosamente científico” del hombre y del proceso de su desarrollo social. Si a alguien le asalta la menor duda, ahí están los aparatos ideológicos y represivos del Estado para hacerle entrar en razón...

Aun prescindiendo del tono irónico de las anteriores reflexiones, uno no puede menos de preguntarse: ¿En qué fundamentan estos nuevos “redentores” su descarado monopolio del *saber*, del *tener* y del *poder*, hasta ayer exclusivo patrimonio de las odiosas clases privilegiadas? Nada menos que en una supuesta visión “científica” de la realidad humano-social. La aplastante realidad “objetiva” exige que sea esta minoría “ilustrada” la que dirija el proceso de liberación del hombre. Todas las demás propuestas ideológicas, o son “idealistas”, o son parciales e incompletas, o son simplemente erróneas. Por lo tanto, para bien de la humanidad, no tienen derecho a la existencia ni a la divulgación. De permitirles expresarse y divulgarse libremente, la humanidad daría marcha atrás para sumergirse de nuevo en la alienación, la opresión y la explotación feroz del hombre por el hombre. Volveríamos a la miserable situación del “homo homini lupus” hobbesiano. Pero tal cosa no ocurrirá, ya que los nuevos “maestros pensadores” poseen la única válida receta, capaz de brindar la anhelada felicidad

a esta doliente y atormentada humanidad. Oponerse a su "doctrina" es, pues, oponerse al progreso y a la liberación humana. La humanidad obraría sensatamente aceptando a los nuevos "enviados" que, cual esforzados "misioneros" son portadores de las últimas, definitivas y verdaderas "tablas de la nueva ley"...

Tal es, en apretada y forzosamente simplificada síntesis, la nueva "receta salvadora" del hombre. A tan peregrino y fascinante mensaje le da consistencia y vida una de esas bien denominadas "*doctrinas políticas de salvación*". Porque eso es lo que ellas pregonan: salvar, de una vez por todas, a esta pobre humanidad de todas sus carencias, opresiones y servidumbres. Pero, ¿cómo asegurar el éxito de tan noble propósito? La solución es muy simple y, a la vez, inquietante: se regimenta toda la vida social, subsumiendo todas las relaciones sociales en relaciones políticas, es decir, en relaciones de poder, desde el Poder y utilizando al máximo los múltiples y eficaces mecanismos de control que el Poder brinda. Así se le ahorra al pueblo el trabajo de asumir el riesgo de su libertad personal a cambio de una esclavitud tranquila, como diría Martí. A esto se reduce la teoría y práctica totalitaria de derecha e izquierda. Aquí, sí, los extremos se tocan...

¿A dónde han conducido los nuevos liberadores a los "beneficiarios de su magisterio y liderazgo? Una vez asaltado el Poder, todo ese atrayente programa de liberación se quita la máscara y muestra, ya sin afeites ni tapujos, toda su sombría, descarnada y espeluznante desnudez totalitaria, quedando reducido a aquella síntesis leviatanesca —incluso para los que propugnan la progresiva "desaparación del Estado"—, de inquietantes acentos apocalípticos: "Todo por el Estado, todo para el Estado, todo dentro del Estado; nada fuera del Estado, nada contra el Estado".

¡Horrible y angustioso despertar! Ahora resulta que esa sociedad liberadora sólo era un sueño, un ilusionado y evanescente sueño. Ahora, el hombre supuestamente "liberado", descubre con estupor y decepción que la semilla capitalista del "opio" alienante y adormecedor, también se cultiva con solicitud y esmero en el jardín socialista. Se había liberado de la engañosa democracia "formal", de las falsas y embaucadoras libertades "formales" burguesas, del odioso y embrutecedor sistema de trabajo, así como del servil régimen de salariado capitalista y burgués, para luego descubrir, con decepción y desesperanza, que se encontraba desnudo y avergonzado en el supuestamente armonioso y plácido jardín del "edén socia-

lista". La bella y seductora utopía liberadora se ha dado de bruces contra la descarnada, fría y hosca realidad totalitaria. ¡Nos habíamos liberado de las mentiras y "formalidades burguesas", para quedarnos, ahora, desnudos y a la intemperie, sin "materia" ni "forma"! Habíamos, ¡por fin!, roto las embrutecedoras cadenas del individualismo insolidario, ferozmente competitivo y discriminatorio, de la sociedad burguesa capitalista, para luego despertar —después de una breve, tumultuosa, vocinglera y embriagadora luna de miel revolucionaria (otra vez presente el temible "opio")— con la intranquilizante y angustiada evidencia de que sólo habíamos sustituido a unos "amos" por otros. Nuevos y distintos, pero siempre "amos". (No tan distintos, ya que también a los nuevos amos les encantan los uniformes militares, símbolo de mando y poder...). Ah, pero esta vez se nos asegura que esos "amos" no son tales, sino nuestros amigos, nuestros "iguales" —siempre se autodenominan "*camaradas*"—, nuestros maestros y guías, que nos marcarán la ruta segura y nos conducirán con amor fraternal y con desvelada solicitud hacia esa nueva "Arcadía Feliz" de hombres iguales y libres. Se nos advierte, empero —que nadie se llame a engaño—, que el camino será largo y arduo hacia la meta liberadora, a la que se arribará en una fecha lejana e imprecisa, y que el proceso de "maduración" exigirá grandes y prolongados sacrificios antes de arribar al feliz puerto de esa añorada comunidad fraterna e igualitaria.

¿Para qué seguir? La realidad es más elocuente que cualquier discurso. Se pretendía evitar la Scila del alienante individualismo burgués, y se ha caído en la Caribdis de una sociedad uniformada, amorfa y cuartelaria. Tal es la inevitable desembocadura totalitaria de todas las "doctrinas políticas de salvación".

Una alternativa generosa y abierta: el Personalismo Comunitario

Frente a las concepciones totalitarias, rígidas, dogmáticas, exclusivas y excluyentes de cualquier otra opción o alternativa, el pensamiento Personalista y Comunitario no pretende estar en posesión del monopolio de la verdad. Cree, más bien, que esa verdad hay que buscarla y encontrarla en permanente diálogo y comunión con todos los hombres de buena voluntad. Coincide con otras formas de pensamiento en la crítica de la sociedad burguesa y capitalista, de ese "*desorden establecido*" que padecemos, negador y destructor de los auténticos valores humanos, que denunciaba, lúcido e implacable, aquel profeta moderno que se llamaba Manuel Mounier. Comparte, pues, su diagnóstico acerca de tal forma de vida y or-

ganización social. Demuestra que la sociedad y la cultura burguesa está gravemente enferma. Denuncia y condena la explotación del hombre por el hombre. Anatematiza, con muy buenas razones, como una horrenda perversión y aberración humana, esa primacía del *tener* sobre el *ser* que impregna e infecta toda la vida social y cultural de la conformista y auto-complaciente “sociedad de consumo”. De una sociedad adormecida y desilusionada, miméticamente uniformada, chata y hedonista, muy poco se puede esperar.

Pero todavía hay lugar para el optimismo, para la esperanza en un gozoso *acontecimiento* de liberación humana. Hay que recurrir a los múltiples resortes y energías que laten escondidas en lo más hondo y genuino del ser humano. Por ello, el Personalismo Comunitario —que sabe muy bien que la persona sólo puede desarrollarse en una comunidad de amor, de trabajo compartido y de gozosa esperanza— postula enérgicamente la necesidad de surgimiento y potenciación de los grupos intermedios y de todo tipo de asociaciones que promuevan, desarrollen y garanticen una real y efectiva participación de todos los hombres en la vida y las tareas colectivas. Apela, con rigor y exigencia ética, al sentido de responsabilidad para asumir el riesgo de participar y comprometerse en una acción solidaria. Tiene fe en la posibilidad real del advenimiento de una nueva sociedad en la que la espontaneidad y la creatividad del hombre encuentren amplio y generoso cauce para expresarse y desplegarse en múltiples y enriquecedoras iniciativas, asumidas con sentido de responsabilidad y solidaridad. Cree que el Estado y el Derecho son útiles y necesarios; pero sostiene, con no menor convicción, que, tanto el Derecho como el Estado, son sólo *instrumentos* al servicio del hombre. Solo tienen valor humano en la medida en que favorezcan y estimulen la espontaneidad, la creatividad y el desarrollo integral del ser humano. No aparatos ortopedicos, sino cauces y caminos de promoción humana. Por esto mismo precisamente, insiste en la necesidad de que ambas instituciones estén al servicio y tomen seriamente en cuenta la efectiva y constante *participación* —en su creación y elaboración— y escrupuloso *control* —en su aplicación— por parte de los individuos y de los grupos sociales. No es de extrañar, pues que el Personalismo Comunitario mantenga ciertas reticencias e incluso abrigue una no-disimulada desconfianza y temor frente al progresivo fortalecimiento del omnipresente “*Estado tentacular*”. Proclama con vigor y demuestra con sólidos argumentos que la persona humana es portadora y sujeto activo de unos *derechos fundamentales, naturales y originarios, y, por lo mismo, irrenunciables, inviolables, intangibles e inalienables, que son anteriores y superio-*

res a cualquier tipo de ordenación estatal o de cualquier otra instancia humana. Y en esto pone un especial énfasis frente a toda forma de autoritarismo o totalitarismo, ya que ambos se arrojan la facultad de crear, definir y limitar los derechos del hombre. Pero, lo que es más grave aún, esta misma actitud se pretende adoptar por ciertas democracias, amparadas en coyunturales y efímeras mayorías parlamentarias. Frente a tal perversión del poder del Estado, el Personalismo le recuerda que, en materia de derechos humanos fundamentales, el Estado tiene la *grave obligación de reconocerlos y garantizar su uso y disfrute a todos los hombres*, sin excepción o discriminación alguna. Tan elementales principios hay que recordárselos especialmente a nuestras flamantes democracias. (Huelgas legítimas que se declaran "ilegales", sutiles o descarados bozales a los medios de comunicación que no se muestran complacientes con el gobierno, miles de detenidos de forma y por tiempo indefinido sin incoárseles proceso legal, sistemáticos ataques e impedimentos a la libertad de enseñanza, de expresión y de asociación, etc., etc., etc.).

Como lógico y evidente corolario de una rigurosa conceptualización del hombre y de la superior dignidad de la Persona Humana, el Personalismo Comunitario sostiene firmemente y sin concesiones que *el Estado es para el Hombre, y no el Hombre para el Estado*. Consecuente con su arraigada convicción de que la verdad no es patrimonio exclusivo de nadie —hombre o grupo humano—, proclama el *Pluralismo*, su promoción y defensa, como un *elemento esencial de toda sociedad que quiera ser y llamarse con propiedad democrática*. Estima que, sin la enérgica afirmación y existencia real de un auténtico pluralismo social, la libertad y la cultura quedan desprovistas de savia vital. Y lo mismo piensa de una economía que no ponga efectivamente los bienes y servicios producidos a disposición y para el real disfrute de todos los hombres. Como humanismo que es de honda raigambre cristiana, *sabe* con meridiana claridad y evidencia que Dios Padre ha creado *todos* los bienes de la tierra para el disfrute de *todos* sus hijos los hombres. El "desorden establecido" que padecemos niega, teórica y prácticamente, esta verdad evidente para el humanismo cristiano. No está de más recordar y reafirmar que éste es un presupuesto *fundamental* de toda correcta visión cristiana de la economía y de la sociedad.

Pero, como ya lo dijimos, el Personalismo Comunitario no tiene la pedantería ni abriga la vana pretensión de poseer *la* receta infalible, *la* clave segura, *la* fórmula definitiva o *el* modelo perfecto y "acabado" de ese futuro y deseable modelo de una sociedad a la medida y al servicio de las ne-

cesidades y valores de la Persona Humana. Es plenamente consciente de que, en esa tarea de ilusionada búsqueda y conquista de una sociedad mejor —*que nunca será perfecta*—, son bienvenidas las generosas ayudas y enriquecedoras aportaciones de todos los hombres lúcidos de buena voluntad. Está muy lejos, pues, de imponer, por la vía dogmática o autoritaria, sus puntos de vista, que sabe imperfectos, aleatorios, en permanente trance de revisión y, por lo mismo, nunca totalmente ni definitivamente elaborados. El futuro sólo puede crearse desde una postura de humildad y de plena conciencia de las propias limitaciones. Nunca es descartable —más bien se da por supuesto— el error, el fracaso, la necesaria rectificación y cambio de rumbo, pero, eso sí, sin renunciar jamás a esa ilusionada esperanza en la conquista de un mejor futuro para el hombre.

No se trata, pues, de vencer e imponer, sino de convencer y participar en una búsqueda común. No se trata de “liberar” a los demás, sino de ayudarles a encontrar el camino de su propia liberación. Se trata de que ellos mismos *aprendan a liberarse*, a romper sus cadenas seculares, a adquirir una rigurosa y *exigente conciencia crítica* acerca de lo que son y de lo que pueden y deben realmente llegar a ser. Pero entiende el Humanismo Personalista y Comunitario que este proceso de maduración humana sólo podrá realizarse mediante ese ineludible instrumento —tantas veces escamoteado y manipulado— de una *participación* activa, libre, consciente, responsable y creadora. Participación de todos con todos en una tarea que interesa a todos: ser verdaderamente libres *para* compartir el esfuerzo del trabajo común y los frutos de ese trabajo cooperativo; para compartir el necesario ocio relajante y reanimador; para compartir el gozo y la alegría de la fiesta y del juego; para compartir las responsabilidades de la común participación en todos los aspectos de la vida política y ciudadana; *libres, en fin, para compartir esa maravillosa aventura de vivir*.

Los caminos que conducen a esa “tierra prometida” y siempre anhelada de una sociedad de hombres iguales, libres y solidarios, seguramente son muchos, todos ellos apoyados en muy buenas razones. Pero el Personalismo Comunitario no pretende haber encontrado la clave mágica o el milagroso “Abrete Sésamo” que nos abrirá las puertas de esa sociedad humana y feliz. Consciente de las limitaciones y ambigüedades del pensamiento humano y de los inevitables elementos aleatorios e impredecibles inherentes a toda actividad político-social, no presume de haber encontrado la clave del éxito. Al contrario de esos nuevos “ilustrados” de la penúltima hornada de “maestros pensadores”, no cree en imposiciones autorita-

rias de modelos sociales desde el poder, sino que defiende con absoluta convicción el pluralismo social con todos sus riesgos y toda su fuerza creadora.

Un lúcido conocimiento acerca de la naturaleza de la libertad humana, le ha enseñado que ésta no es algo “dado” e “impuesto”, o, lo que es peor, una dádiva o un “don” otorgado generosamente por unos supuestos “liberadores profesionales”, sino más bien una larga y perseverante labor personal, una siempre ardua y, a veces, dolorosa y esforzada conquista —nunca del todo ni plenamente lograda—, entiende que el mejor camino para conquistarla —siempre a través de “logros” y “malogros”— es la participación activa y solidaria *de todos con todos* en las tareas sociales que a todos afectan y a todos interesan, ya que allí es donde se define y decide la índole de la vida y el definitivo carácter de la existencia humana, individual y colectiva. De lo que sí estamos seguros es de que la emancipación humana no podrá venir jamás “desde arriba” y “desde fuera” del mismo hombre, por la acción taumatúrgica de ciertos benéficos “déspotas ilustrados”, que siempre tienen más de déspotas que de ilustrados. Su arrogante y autosuficiente paternalismo, más que promocionar la liberación del hombre, la impide y lo empequeñece.

La acción liberadora humana es siempre una tarea personal, con frecuencia solitaria y silenciosa. Se trata de *un empeño singular e intransferible*. Pero también es cierto que una sociedad bien estructurada y adaptada a las exigencias fundamentales del hombre, puede y debe ayudar mucho en este proceso de maduración y emancipación humana. Esta sociedad humanamente liberadora sólo es posible construirla entre todos los que sinceramente y denodadamente “quieren” su liberación y luchan por ella. El Estado y otras instancias de poder social, pueden facilitar, demorar o entorpecer este proceso liberador. Pero *nunca* podrán *sustituir* el esfuerzo constante y personal de cada hombre. *Sin la colaboración del hombre, no hay liberación del hombre*. (Digamos, entre paréntesis, que el hedonismo rampante que propugna la “sociedad de consumo” es el peor enemigo moderno de la liberación humana).

Quando el Estado se atribuye el monopolio de la verdad sobre el hombre, sobre la sociedad y sus supuestas leyes de evolución o desarrollo histórico, sobre cómo debe ser el tipo de hombre resultante de tal ambigua e imprecisa evolución, tal Estado es indigno del hombre, ya que niega su intrínseca dignidad, su inalienable autonomía y su auténtica libertad. Se

convierte, en definitiva, en alienador y opresor, en amo y déspota. (Muy sutilmente, la ideología tecnocrática camina en este sentido).

El hombre no necesita de “liberadores”, demasiado interesados en “liberarlo” para ser auténticos. Nadie, insisto, puede sustituirlo en esta ardua y ennoblecedora labor. Los demás *pueden y deben* ayudar a asumir su propia libertad, a descubrir sus reales posibilidades autoliberadoras, *a perder “el miedo a la libertad”*, como acertadamente diría Erich Fromm. Pero esto sólo se logrará de forma gradual y progresiva, mediante una generosa acción pedagógica de tipo socrático. Y siempre dentro y en contacto permanente con una sociedad —no “mimética”, regida por una esterilizadora “lógica cuartelaria”, que diría Carlos Díaz— que lucha por llegar a ser una comunidad de hombres libres, solidarios y participativos —que se esfuerza por superar la “mímesis” despersonalizadora para llegar a la “méthesis” personalizadora y comunitaria. He aquí la mejor fórmula emancipadora: *La participación se aprende participando*. Sólo así se irán transformando las estructuras alienantes: en la misma medida en que se vayan desalienando los hombres que en ellas están inmersos y encadenados. (Un buen ejemplo de la penúltima forma de alienación se da en esos intelectuales que presumen de “progresistas” y que se niegan a denunciar los crímenes y atropellos contra la dignidad humana en países autodenominados “progresistas”. Sometidos a un auténtico “chantaje ideológico” y esclavos de sus vanos prejuicios, temen —con temor cervical— que los descalifiquen como “progresistas” y los condenen a las tinieblas exteriores del conservadurismo, reaccionarismo, imperialismo y demás “ismos” descalificadores. Con frecuencia salta la liebre allí donde menos se espera...).

Resumiendo: Urge formar hombres que aprendan a “autogestionarse”, a conducir sus propias vidas. Sólo así lograrán autogestionar correctamente los demás aspectos de la vida social: la economía, la cultura, la política —desprofesionalizándola— y, ¿por qué no?, su misma vida y práctica religiosa. Pero no somos ingenuos soñadores de utopías imposibles. Siempre habrá hombres que prefieran la “*esclavitud tranquila*” que les promete el Estado paternal o “Estado-Providencia”, ya sea éste expresión del “socialismo real”, ya se apoye en esas minorías selectas, encarnadas en la supuestamente omnisciente “tecnoburocracia”, prometidora de toda clase de venturas como contrapartida de la gozosa sumisión de los felices ciudadanos a su acción “desideologizadora” y pragmáticamente hacedora de paz, armonía y bienestar. No son estos tiempos de conformismo, hedonismo e inmediatez los más propicios para una tal empresa. El fenómeno,

desgraciadamente tan generalizado, del “consumidor satisfecho” o del “estómago agradecido”, constituye un buen caldo de cultivo para la aparición de toda clase de autoritarismos y de formas nuevas e inquietantes de redivivos fascismos. Pero el optimismo cristiano nos inclina a la esperanza y a la fe en el hombre. Y, por eso mismo, preferimos creer que todavía quedan hombres que están dispuestos a aceptar el noble reto de asumir su libertad y su responsabilidad personal en un fecundo *intercambio de solidaridades humanas compartidas*, dentro de un gozoso y enriquecedor contexto humano comunitario, solidario y laboral.

*